

Los moriscos en Marruecos

GUILLERMO GOZALBES BUSTO

No es fácil ni cómodo hablar sobre moriscos.

Su complejidad histórica, su planteamiento polémico desde los inicios del problema y los tintes sombríos que adquiere con la solución final decidida a principios del siglo XVII, hacen de su temática uno de los capítulos más dolorosos de la Historia de España.

Pero, aparte de la tragedia en sí, lo difícil e incómodo, tanto para el historiador, como para el simple estudioso de la Historia, es que resulta casi imposible no tomar partido en el dilema que se plantearon los gobernantes hispanos para terminar, de 1609 a 1614, expulsando a aquella minoría.

Los libros contemporáneos de la expulsión, que se escriben justificándola, los de Bleda y Guadalajara, por ejemplo, parecen más el reflejo de una conciencia acusadora, que el razonamiento de una actitud disculpatoria. En el fondo representan el síndrome de impotencia de una civilización por asimilar a la otra.

Porque en realidad, a lo largo de toda la Edad Media, se prolongó, en el suelo peninsular, el choque de dos culturas y no de dos pueblos, como aparentemente y a menudo, se presenta en la Historia nacional.

El frío análisis del investigador acaba, a la postre, empapándose del trágico destino de aquellos españoles, inclinándose más a uno u otro de los puntos de vista, surgidos al amanecer mismo del problema.

Esta es una cuestión batallona, por llamarle de alguna manera. La otra, esencial también para el más completo conocimiento de aquella minoría, es la ignorancia que hemos sufrido, hasta tiempos recientes, del exilio morisco.

El desterrado perdía su historia, individual o colectivamente, apenas cruzaba la frontera patria.

Factores varios han determinado el rechazo o, cuando menos, el olvido del destino de aquellas miles de familias que tuvieron que rehacer sus vidas, los que pudieron, en ajenas tierras y, añadiríamos inclusive, en ajenos ambientes, más válido esto último a medida que pasaban los lustros.

Los españoles que quedaron en la Península creían haberse liberado de algún o algunos peligros, y no pensaron mucho más.

Los moriscos se convirtieron pronto en «corsarios berberiscos» y su actividad devastadora la única referencia, terrible referencia para el español meridional sobre todo.

¿A quién interesaba el desarrollo vital de aquellos cientos de miles de exiliados, si ni siquiera eran bien recibidos muchas veces por los países de acogida?

Sólo muy recientemente ha comenzado la historiografía hispana a estudiar el destino de los moriscos en el exilio y a este respecto hay trabajos relativos a Túnez.

Lo que ocurrió en Marruecos, nuestro vecino más próximo, permanecía sumido en la obscuridad casi completa. Precisamente Marruecos, cuya situación geográfica ha determinado, a través de los siglos el paso más fácil de una orilla a otra, no constituía objetivo de la investigación histórica.

Una razón básica ha estado, a nuestro parecer, en el origen de tal vacío: la carencia de fuentes.

La escasa historiografía marroquí apenas citaba los hechos y el destino de los moriscos que arribaron a su territorio.

Con el apelativo de «andaluces» aparecen en los raros textos del siglo XVII y en los aún más escasos del XVI.

En cuanto a los historiadores españoles, baste citar el hecho de que la Historia de Marruecos jamás ha sido un campo hacia el cual han dirigido sus esfuerzos y muchísimo menos la historia de los moriscos en Marruecos.

Hace casi veinte años publiqué un trabajo sobre los moriscos fundadores de Rabat; los hornacheros de la Kasbah y los andaluces del llamado Salé el Nuevo que crearon una república independiente en la desembocadura del Bu Regreg. Aproveché entonces, aparte de otras fuentes, documentación inédita del Archivo de Medina Sidonia en Sanlúcar de Barrameda.

Así, pues, teníamos noticias del exilio en el Sur marroquí y carecíamos de ellas en el Norte.

Hace cuatro años se publicó mi trabajo sobre la fundación de Tetuán, con la biografía de su fundador, el noble granadino Sidi Ali Al Mandari, ex alcaide de la fortaleza de Piñar, que se marchó a Marruecos antes de la caída de Granada en manos de los Reyes Católicos.

Al Mandari, con sus centenares de guerreros, «la flor de Granada», en frase de León el Africano, crea en el Norte marroquí un foco de atracción de huídos y exiliados, a lo largo de todo el siglo XVI y en el XVII, que nos faltaba por estudiar más detenidamente.

Esto es lo que se ha intentado realizar con mi libro «Los moriscos en Marruecos», advirtiéndolo, de antemano que queda mucho por investigar sobre el tema que nos ocupa.

Sobre el mismo tenemos algunos trabajos en prensa en revistas especializadas y esperamos, asimismo, que este libro sea un acicate para los investigadores de ambas orillas del Estrecho.

La historia común de Marruecos y España merece más atención que la que se le ha dedicado hasta el presente.